



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XIV Núm. 56	Dirección y Administración CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24	MARZO, 1925
--------------------	--	----------------

Viércoles Santo

LA MUERTE DE JESÚS

MUCHOS horrores han pasado por el mundo, y lo han envuelto en lanto y ruinas.

Incendios desastrosos que devoran, hasta los cimientos, ciudades nefandas.

Diluvios que anegan en sus aguas vengadoras a todo ser viviente.

La espada homicida embriagándose indistintamente en culpable o en inocente sangre.

La tierra estremeciéndose a las miradas de la ira de Dios, y sacudiendo de sí a sus moradores.

La mar bramando enfurecida y lanzándose, como corcel guerrero, sobre poblaciones criminales.

El aire pestífero envolviendo como en una mortaja a naciones

enteras convertidas en un inmenso cadáver...

¡Grandes calamidades han presenciado los siglos!

Pero todo es pálido, todo es débil y frío al lado del gran cataclismo que hoy contempla, muda de espanto, la humanidad.

¡Dios muere! ¡El Autor de la vida espira en una cruz!

Toda la naturaleza, aterrada y despavorida, hace duelo sobre la muerte de su Creador.

Se enluta el sol; oculta su faz la luna; se agita convulsiva la tierra; se quebrantan de dolor las peñas; la muerte y la vida, en inaudita conflagración, invaden sus mútuos dominios: la Vida muere, y los muertos abren sus sepulcros para restituirse a nueva vida.

Una sola gota de la sangre vertida en el Calvario acusa mayor crimen, que toda la sangre que, desde Abel al último de los mor-

tales, ha abrevado la tierra fraticida.

Un solo gemido de la Víctima divina entraña mayor dolor que cuantos ayes ha exhalado la humanidad en su angustiosa peregrinación por este valle de lágrimas.

Una sola convulsión del Salvador agonizante estruemece más al mundo y contrista más al cielo y pone mayor espanto en el infierno, que todas las agonías porque pasan sucesivamente los individuos, las sociedades, la humanidad toda entera.

Pero la Víctima que hoy se inmola no es Víctima de un día ni de un pueblo; es la Víctima de todos los pueblos y de todos los siglos.

Reune en sí todos los dolores de la humanidad, y los eleva y purifica.

Por sus lágrimas brillan con puro resplandor nuestras lágrimas.

Por su sangre tiene virtud expiatoria nuestra sangre.

Por sus penas acrisolan y subliman la virtud nuestras penas.

Por su muerte es nuestra muerte puerta de vida, prenda de resurrección y promesa de inmortalidad.

Tal y tan grande es este sacrificio que todo otro sacrificio no ha sido ni puede ser sino su figura, su aplicación o su complemento.

Lloremos, pues, ante los entristecidos altares, en medio de los enlutados templos, lloremos, y renovemos de año en año y de siglo en siglo el gran duelo de la humanidad por la muerte de su Salvador, el gran luto de la creación entera por la Pasión del divino Restaurador de todas las cosas.

Participando de su cruz en el tiempo, participarenos de su gloria en la eternidad.



DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

AONSIDERA como fué quitado aquel santo cuerpo de la cruz, y recibido en los brazos de la Virgen. Llegan, pues, el mismo día sobre tarde aquellos dos santos varones, José y Nicodemos, y arrimadas sus escaleras a la cruz, descienden en brazos el Cuerpo del Salvador. Como la Virgen vió que acababa la tormenta de la cruz y llegaba el sagrado Cuerpo a tierra, apartóse Ella para darle puerto seguro en sus pechos, y recibirlo, de los brazos de la cruz, en los suyos. Pide, pues, con grande humil-

dad a aquella noble gente, que pues no se había despedido de su Hijo, ni recibido de Él los postreros abrazos en la cruz al tiempo de su partida, la dejen ahora llegar a Él, y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndosele quitado por un cabo los enemigos vivo, ahora los amigos se le quitan muerto. ¡Oh por todas partes desconsolada Señora!

Porque si te niegan lo que pides, desconsolarte has, y si te lo dan, como lo pides, no menos te desconsolarás. No tienen tus males consuelo, sino en sola tu paciencia. Si por una parte quieres excusar un dolor, por otra parte

se dobla. Pues ¿qué haréis, santos varones? ¿Qué consejo tomaréis? Negar a tales lágrimas y a tal Señora cosa que pida, no conviene; y darle lo que pide es acabarle la vida. Teméis por una parte desconsolarla; y teméis por otra no seáis por ventura homicidas de la Madre, como lo fueron los enemigos del Hijo. Finalmente vence la piadosa porfía de la Virgen, y pareció a aquella noble gente, según eran grandes sus gemidos, que sería mayor crueldad quitarle el Hijo, que quitarle la vida, y así se lo hubieron de entregar.

Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? Oh Angeles de paz, llorad con esta sagrada Virgen; llorad, cielos; llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la madre con el Cuerpo despedazado; apriétale, fuertemente, en sus pechos (para esto solo le quedan fuerzas), mete su cara entre las espigas de la sagrada

cabeza; júntase rostro con rostro; tiñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿Es ese, por ventura, vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebisteis con tanta gloria, y paristeis con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿A dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura, en quien Vos os mirabais? Ya no os aprovecha mirarle a la cara, porque sus ojos han perdido la luz: ya no os aprovecha darle voces y hablarle, porque sus orejas han perdido el oír: ya no se menea la lengua que hablaba las maravillas del cielo; ya están quebrados los ojos, porque con su vista alegraban el mundo. ¿Cómo no habláis ahora, Reina del Cielo? ¿Cómo han atado los Dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudecida, más el corazón allá dentro hablaría, con entrañable dolor, al Hijo dulcísimo.

FR. LUIS DE GRANADA.

En la soledad de María

Stella matutina

Hermosos luceros,
heraldos del día;
espléndida corte
de aquella magnífica
estrella radiosa
que el orbe ilumina;
vendrá la alborada
nublosa, sombría,
cual rosa fragante
que el cierzo marchita.

Vendrá sin los rayos
de aquella luz nívea
que vierte ternuras
y castas delicias,
y colma los mundos
de paz y armonía.

En lo alto de un monte
do fieros ardían
los odios crueles
de turbas impías,
aleves mancharon
su luz diamantina
fatídicas sombras,
que lentas cubrían
los cielos, o soles,



o dulces pupilas
de Aquel que muriendo
creó nueva vida.
Luceros hermosos,
heraldos del día;
la estrella del alba
oculta suspira,

suspira aquel astro
que amor hoy eclipsa,
suspira la llama
del sol que la anima,
suspira ¡oh luceros!
la lumbre infinita...

J.

LA TÚNICA DEL SUEÑO

(LEYENDA)

CEN el tesoro de las naciones de Oriente, hay una de ellas, que rebosa poesía y ternura.

El Centurión del Evangelio, aquel gentil que lleno de fe, se consideraba indigno de que el Salvador del mundo posara sus benditos piés en el hogar en que yacía paralítico su esclavo, pidiéndole, rendido, que, sólo, pronunciasen sus labios una palabra y quedaría, al punto, sano, mereciendo que Jesús hiciera de su fe hontosísima alabanza y le sanase a su siervo, rodeaba, no mucho despues, con su amante esposa, el lecho de su idolatrada hija agonizante...

Una devoradora fiebre, mataba a la inocente niña y su faz, ya cada- vérica, anunciaba un desenlace funesto.

Y aquel padre cariñoso se levantaba, a cada instante, y asomándose a la puerta de su casa, tendía ansiosas miradas al sendero que, desde Cafarnaún, conducía a Jerusalén.

Pero, nadie aparecía.

Y la llorosa madre, al verlo entrar de nuevo y acercarse mustio al lecho de su hija, no se atrevía a interrogarle, siquiera. ¡Oh cuán grande era su dolor!

Por fin, el golopar de un caballo se dejó oír a lo lejos.

Y a poco, jadeante, cubierto de polvo, penetraba en la casa aquel mismo esclavo, por cuya vida había intercedido el piadoso romano, alcanzando, de Jesús, tan insigne gracia.

—¿Le has visto? ¿le has hablado?... ¿qué ha dicho?... clamaron angustiados ambos esposos.

—¡Toco en vano! contestaba, oprimido de amargo dolor, el siervo.

—Pero ¿no estaba en Jerusalén?...

—Sí; escuchad; penetré en la ciudad santa, pero halléla solitaria; todo el pueblo, había salido, por una de sus puertas. «¿Dónde está Jesús?» pregunté a un fariseo, y me contestó, con sarcástica sonrisa: «Búscale en la cima del Calvario.»

—¡En el Calvario! exclamó el Centurión; ¿allí donde es costumbre crucificar a los criminales?... ¿Es posible?... ¡Dí!...

—Lo habeis adivinado, señor. Corrí al monte, pero una inmensa niebla me impidió continuar; el astro del día desapareció, tembló la tierra y el pueblo consternado huyó de los senderos del Gólgota. Por fin, logré arribar a su falda; subí tropezando y cayendo; llegué a la cumbre, y ví al Justo, enclavado veigonzosamente en la cruz, en medio de dos ladrones. ¡Estaba ya muerto! ¡Le había condenado, como blasfemo, el Sanedrín!



—¡Él.. como blasfemo... ¡El Hijo de Dios, hecho hombre, para derramar el bien, por todas partes!...

—Al pié del afrentoso madero, habian echado suerte los soldados, para decidir quien había de llevarse la túnica inconsútil, tejida por las manos de la Nazarena María, su Madre; yo la compré, con denarios... y, ahí, la teneis.

Y puso en manos del Centurión la ensangrentada vestidura, que en el hombro derecho ostentaba el escavo.

Pero aquellos padres se habían olvidado de su agonizante hija, al oír la aterradora nueva.

Un movimiento de la niña les sacó de la postración en que habían caído: volvieron a ella sus ojos; la enferma había espirado.

—¡Ah! ¡perdida toda esperanza! murmuró el Centurión, presa de la más terrible angustia.

—¡No!... gritó la afligida esposa, y arrancando de sus manos la tú-

nica, cubrió, con ellas, el rostro del cadáver.

Instantáneamente la niña se incorporó en el lecho, su faz apareció sonrosada: sus labios se entreabieron, con una dulce sonrisa y con voz serena dijo a sus padres. «Padre mío, madre mía; ya estoy buena... pero dejadme dormir un poco; tengo sueño.»

Y un sueño reparador veló sus ojos y con tranquila respiración, quedó dormida: y, pasada una hora, despertó, levantándose del lecho.

... ..
¡Hermoso simbolismo el que encierra esta leyenda! Jesús, con su muerte en la cruz, mató a la muerte; desde que el alma se separa del cuerpo, hasta el día de la resurrección, media, sólo, un sueño, después del cual alma y cuerpo, unidos otra vez, vivirán eternamente.

Por la transcripción y versión:

J. LE BRIZ.

LAS RELIQUIAS DE LA PASIÓN

Columna del azotamiento

El castigo de los azotes se daba a los esclavos criminales. Pilato lo dió a Jesús para contentar al pueblo.

Dice el P. Lapuente que en el azotamiento del inocentísimo Jesús se emplearon varas verdes llenas de espinas, ramales terribles de nervios de bueyes con sus abrojos de yerro al remate de ellos, y cadejillas de yerro que herían y penetraban hasta los huesos.

La parte superior de la columna de mármol, a la cual estuvo atado el Señor durante su flagelación, se venera en Roma en la iglesia de Santa Práxedes, a donde fué llevada en 1223. El otro pedazo de columna está en Jerusalem, en la iglesia del Santo Sepulcro.

Corona de espinas

No consta por ningún documento que la Corona de espinas fuese hallada por Santa Elena, juntamente con la cruz y los clavos. Lo probable es que los que bajaron el cuerpo del Señor recogieron este objeto sagrado, el cual pasaría

de mano en mano hasta la época en que el tesoro imperial de Constantinopla se hizo dueño de todas las santas reliquias. San Paulino, en el año 409, nos habla de la Corona de espinas como poseída por los cristianos.

Durante el sitio de Constantinopla; el emperador Balduino, apurado de recursos, la entregó a los venecianos en prenda de una fuerte suma de dinero. Pagó ésta en 1239. San Luis, Rey de Francia, con lo cual, rescatada la preciosa reliquia de manos de los venecianos, fué ofrecida por Balduino II al Santo Rey que mandó traerla a Francia, donde la recibió acompañado de su Corte, numeroso clero y apiñada muchedumbre. Al ver la Santa Corona, se deshizo en lágrimas, y quiso traerla personalmente hasta Sens acompañado de su hermano Roberto y del Conde Artois, descalzos los tres.

En la Catedral de París, es donde se guarda hoy la sagrada Corona: allí pueden adorarla los fieles, acercando sus labios al cerco de cristal, que la cubre; pero está sin las espinas pues éstas fueron arrancadas para ser distribuídas entre gran número de iglesias del orbe católico que las poseen. Algunas de las sagradas espinas se conserva en la capilla del Palacio Real de Madrid; ocho en la Catedral de Valencia; una en la iglesia del Pino de Barcelona; dos en la villa de Sampedor (Barcelona); otras dos en cada una de las ciudades de Tárrega y Balaguer (provincia de Lérida) aparte otras muchas localidades de España y del extranjero.

La creencia común es de que la sagrada Corona era de juncos marinos, que sus puntas o espinas te-

nían medio palmo de largo, y que eran en número de setenta y dos.

El Santo Cáliz

El Cáliz mismo en que Nuestro Señor Jesucristo consagró en la Cena con los Apóstoles la noche del Jueves Santo, se guarda en nuestra España, en la Catedral de Valencia. Es de piedra ágata cornerina oriental, según declaran los lapidarios más insignes que han examinado con toda diligencia y esmero, su materia determinada. Su color es tan extraño y peregrino, que al volverle, se van formando diferentes visos y luces de colores al pasar la vista. Nadie ha podido explicar la especie de su principal color. La copa es del tamaño de media naranja grande, y alta de unos ocho centímetros, sin guarnición alguna. La vara con su nudo tiene seis centímetros de alto, y enganchadas en ella dos asas de oro purísimo, con primorosos buriles que demuestran su gran antigüedad. El pié, del mismo color que el resto parece de concha. Es la sola parte guarnecida alrededor y centros, con fajas de oro purísimo con treinta y ocho perlas finísimas, del grueso de un bisalto, dos balages y dos esmeraldas o amarantos de gran valor. Alto, seis centímetros. De modo que todo el sagrado Cáliz entre copa, vara y pié tiene veinte centímetros.

¿Cómo esta preciosa reliquia de la Pasión vino a parar en la Catedral de Valencia? Del modo siguiente:

La casa de Jerusalén en que el Salvador celebró la Cena con sus Apóstoles (*Cenáculo* llamada desde entonces) era propiedad de un noble varón denominado Chusa, que era mayordomo y tesorero de

Herodes Antipas, tetrarca de Galilea. Era Chusa un varón poderoso y santo. Su esposa, Juana, era discípula del Señor, una de las Santas mujeres que acompañaban a Jesús y a sus discípulos por lugares, castillos y desiertos, y les mantenía a sus costas. En esta casa cenáculo, la Santísima Virgen habitó los catorce años que sobrevivió a la Ascensión de su Hijo a los cielos. En este mismo edificio celebraron los Apóstoles el primer concilio después de muerto Jesucristo. Allí mismo escribieron el Símbolo apostólico, es decir, el Credo. Y al separarse para ir a predicar el Evangelio por el mundo, S. Pedro se dirigió a Roma llevando consigo el sagrado Cáliz. Por ello esta reliquia fué venerada desde un principio en la capital romana (sin que nadie dudase de su autenticidad) hasta el año doscientos cincuenta y ocho de la era cristiana. Sixto II, Papa entonces, presintiendo su próximo martirio, encargó a su tesorero S. Lorenzo que repartiese los tesoros y alhajas de la Iglesia. Y S. Lorenzo que era español y natural de Huesca, envió a esta ciudad el Santo Cáliz el año 261. Veneróse, pues, en Huesca durante cuatrocientos cincuenta años, o sea hasta la invasión de los moros en 712. Con motivo de esta invasión, el Obispo Andeberto, retiróse a la cueva de San Juan de la Peña, en los Pirineos, llevándose el Santo Cáliz. Fué venerado en aquel pequeño recinto seiscientos ochenta y seis años, hasta subir al trono de Aragón Don Martín I, llamado el Piadoso. Este monarca manifestó a Fr. Bernardo, Abad de San Juan de la Peña, y vivísimos deseos de tener en su Real Palacio

de Aljafería aquella preciosa reliquia, y le fué entregada, interviniendo en el asunto San Vicente Ferrer. Puesta dentro de una arquilla de marfil, fué colocada en la Real Capilla en 23 de Septiembre de 1399. Allí, durante veintitrés años, fué conservado, el Santo Cáliz, y venerado por los Reyes de Aragón D. Martín, D. Fernando I, y Don Alfonso V, pasando con la Corona a D. Alfonso el Magnánimo. Como este Príncipe tenía mucho afecto a los valencianos, fué a residir en el palacio del Real de Valencia. Llevóse a dicha ciudad el Santo Cáliz, y fué colocado en una capilla que en su palacio hizo labrar expresamente. Después de algunos años, debiendo el Rey partir para Aragón, depositó la reliquia en la Catedral el año 1424, y trece años después o sea en 1437, convirtió el depósito en donación al Cabildo Eclesiástico. Así consta de la escritura autorizada por los Notarios D. Pedro Angresola y D. Jaime Monfort, existente en el archivo Catedral. De manera que el Santo Cáliz de la Pasión está custodiado y es venerado en Valencia desde D. Alfonso de Borja, después Pontífice con el nombre de Calixto III, hasta hoy día. Figura ya en los inventarios de las sagradas reliquias que el muy ilustre Cabildo Catedral mandó hacer en 1660 y a ellos se trasladó, aparte la tradición, de un manuscrito del tiempo de D. Alfonso V, Rey de Aragón, y D. Juan, Rey de Navarra.

Tal es la historia del Santo Cáliz en que Nuestro Señor Jesucristo instituyó el Sacramento de la Eucaristía la noche del Jueves Santo.

La mesa sobre la cual celebró esta última cena con los Apóstoles, se conserva en Roma en la Basílica de San Juan de Letrán.

La iglesia del *Corpus Christi* de Valencia posee un pedazo de los manteles que sirvieron para la misma cena.

A la Resurrección del Señor

Los que fuera del curso y armonía
Que con ley inmortal gobierna el suelo,
Vistes el sol entristecer el cielo,
Y suceder la noche al medio día:

Los que vistes con triste melodía
Llorar las piedras, y romperse el velo,

Morir la Vida, y convertirse en hielo
La Luz del mundo que en sí mismo ardía;

Mirad el Sol que la prisión levanta
Al luminoso Cuerpo soberano,
Mirad la Vida que a la muerte espanta;
Pues con los rayos de su eterna mano
Renueva de su templo el alma santa
El cinco veces roto velo humano.

LOPE DE VEGA.

Postales marianas

III

"Hágase en mí según tu palabra."-- (Luc. I.-38.)

HE aquí las palabras solemnes que compendian admirablemente la fiesta mariana por excelencia del mes de Marzo: la Anunciación de Nuestra Señora. Los tres hechos más capitales de la historia del humano linaje derivan su principio de un grandioso y magnánimo *fiat*. *Fiat*, exclamó el Hacedor supremo y la creación se abrió a la existencia. *Fiat*, pronunció Jesucristo en el Gólgota de su dolor y la humanidad se vió redimida. La Encarnación del Verbo de Dios, este misterio inescrutable que constituye como el punto de enlace entre la creación y la redención, ya que por ella la primera alcanzó su perfección y la segunda quedó incoada, iam-

bién obedece a un generoso *fiat*, al que formulan los labios candorosos de nuestra benditísima Madre en su Anunciación. ¡Momento verdaderamente sublime en que el cielo se abraza con la tierra, el Creador se une a su creatura, el hombre aparece divinizado y queda puesto el germen de aquella Descendencia gloriosa de la Mujer del Paraíso, que es para nosotros el centro de todas nuestras esperanzas y la prenda de nuestra restauración y rescate! Ponderemos en su justo valor las consecuencias venturosas de este *fiat* histórico de la Virgen Santísima. Apreciemos debidamente toda la riqueza de afectos que en él quiso encerrar su Corazón bondadoso. Y en su consecuencia, redoblemos nuestro amor, perfeccionemos nuestra correspondencia, seamos... ¡más hijos suyos!

M. DE MARIA.

Ciudadela Marzo 1925.